

vida aun embrionaria, que estaba aún en su período de incubación, pero que después se extendería en organismos vigorosos que reemplazarían a los organismos muertos.

Lo que confortaba y llenaba el corazón de alegría era que, gracias a las medidas adoptadas, la máxima de Blanqui estaba en camino de realización: los parias de la sociedad capitalista veían aparecer la aurora de una vida nueva. Ya algunos comían mejor que ayer, y la atmósfera de miseria que les envolvía era menos pesada, menos espesa, menos negra y denigrante.

CAPITULO IX

La rebeldía del ejército

El período de disolución social no podía prolongarse. El gobierno necesitaba un desenlace, porque la persistencia de la huelga, que fortificaba los sindicatos, le producía efectos crecientes de disgregación y de agotamiento. El Estado se hallaba desmantelado: todo crujía; amputado de cuanto le había dado prestigio y constituía los organismos vitales de la sociedad, quedaba reducido únicamente a los organismos de represión: magistratura, prisiones, policía... También tenía el ejército, pero con una fidelidad cada vez más problemática.

Queriendo acabar con la insurrección, el poder proclamó el estado de sitio, con la aprobación del Parlamento; pero el recurso sólo tenía apariencia importante. Las Cámaras no eran ya más que un residuo que se sobrevivía; espantadas, viéndolo todo rojo, podían, en el curso de sus pesadísimas sesiones, discutir,

decidir, votar resoluciones y órdenes del día, la atención estaba en otra parte. Ya no representaban nada. El parlamentarismo agonizaba.

El gobierno, aunque resuelto a la obra sangrienta de la represión implacable y feroz, estaba perplejo. El movimiento revolucionario que quería paralizar tenía el carácter especial de no hallarse centralizado; su dispersión dificultaba el proyecto gubernamental. ¿Sobre qué punto convenía dirigir el esfuerzo decisivo? Ocupar militarmente la residencia de la Confederación General del Trabajo y aun de la Bolsa del Trabajo no resolvía nada. ¿Aprisionar los principales militantes, los miembros de los comités y de las comisiones? Ya se había intentado, sin resultados apreciables. Las prisiones efectuadas, aunque numerosas, nada habían desorganizado; los presos habían sido reemplazados automáticamente, varias veces seguidas en algunas corporaciones, sin que resultara por ello desorganización ni siquiera el menor síntoma de desaliento.

A consecuencia de esos ataques, y para hacer frente a su repetición, los comités de huelga habían tomado sus precauciones: se habían declarado en permanencia en las salas de reunión, donde día y noche velaban muchos huelguistas.

Y no eran sólo los comités los que era necesario neutralizar o destruir; había que contar con el pueblo...

¿Dónde cogerle? ¿Cómo dominarle? Por lo pronto la masa popular tenía la prudencia de no prestarse a la represión; sabía desvanecerse, hacerse impalpable, intangible. Además, ¿con qué se le forzaría? Para vencer su inercia, para volverle al trabajo, para someterle nuevamente al yugo patronal, era preciso desbordarle por el número... y el número, ni para sí le tenía ya el gobierno. El ejército se le escapaba de las manos; peor aún, sólo podía fiarse a medias de los guardias municipales, y hasta en su mismo cuartel se tarareaba la *Internacional*. Bien calculado, como fuerza militar, sólo podía contar con algunos cuerpos distinguidos, principalmente de caballería. Tenía también la policía, pero la caza a los polizontes había rebajado mucho su número.

¡No importa! La situación era insostenible. Se sacarían a la calle cañones y ametralladoras, pero se acabaría de una vez con la huelga general. Para comenzar, se ocuparía militarmente la Confederación, la Bolsa del Trabajo, las salas de reunión, las cooperativas... todos los centros de actividad obrera. A la menor resistencia, se procedería al asalto... Y, en virtud del estado de sitio, ¡fuera escrípulos! ¡Nada

de contemplaciones! ¡Contra los audaces se había de ser implacable!...

Tomáronse las disposiciones para la realización rápida de aquel plan decisivo: pusiéronse en movimiento las tropas y se dirigieron a los puntos estratégicos de la gran operación combinada.

La agitación militar que necesitó la preparación de aquel golpe, de que habían de participar todas sus fuerzzas disponibles, no pasó sin fijar la atención de los huelguistas, y ellos también se prepararon.

Ya, los jóvenes de los sindicatos, los más emprendedores y resueltos, habían constituido grupos que se habían dado por misión especial velar por la seguridad de los comités y de las permanencias, estableciendo al efecto guardias y puestos para que no faltara un momento la vigilancia y no ser cogidos jamás de improviso.

También habían procurado armarse esos grupos, proveyéndose de municiones, requisicionando en las armerías y recogiendo por todas partes las armas útiles. No se hacían ilusiones sobre el escaso valor de su armamento: la mayor parte de aquellos jóvenes estaban al mismo tiempo afiliados a los grupos antimili-

taristas, y sabían que era imposible hacer frente al ejército.

Sabían además que no se ha hecho nunca una revolución contra el ejército, sino con su apoyo, o al menos con su neutralidad; que en todas las épocas insurreccionales, el pueblo ha triunfado cuando la tropa se ha negado a tirar y se ha unido a él, y que en la ocasión presente, como en todas, la actitud del ejército decidiría del fracaso o del triunfo de la huelga general. He ahí por qué todos sus esfuerzos se habían dirigido a entablar relaciones con los soldados; y lo habían logrado fácilmente, porque el ejército estaba minado también por las aspiraciones sociales, y además estaba disgustado y harto de la función represiva a que se le dedicaba.

En casi todos los cuarteles y campamentos se habían establecido puntos de contacto entre soldados y obreros; y lo que era más grave, en las cuadras era constante el tema de conversación lo que los soldados se deben a sí mismos y a la humanidad... y, en conclusión, en los mismos regimientos se habían formado grupos de afinidad. Para formar parte de ellos, se exigía una promesa que habían prestado todos los afiliados: no tirar sobre el pueblo. Además, como era materialmente imposible tener constantemente la tropa sobre las armas, algunos

soldados no temían aprovechar sus escasos momentos de libertad para mezclarse entre el pueblo y asistir a sus reuniones.

Tal era el estado de ánimo de la tropa cuando el gobierno se decidió a dar a la huelga el golpe que juzgaba decisivo.

Durante la noche se efectuaron las marchas y contramarchas, para estar a punto a primera hora para comenzar las operaciones sobre todos los puntos a la vez.

Pero poco antes de amanecer sobrevino un incidente imprevisto que trastornó todas las disposiciones adoptadas. Terminados los preparativos de la batalla, en el cuartel del Chateau-d'Eau, que por su proximidad a la Bolsa del Trabajo y a la calle de la Grange-aux-Belles, era uno de los centros de acción de la represión, se oyó gritar: ¡fuego, fuego!

El cuartel ardía.

Cundió la alarma. En el mayor desorden bajaron los soldados al patio, y, pasado el momento de pánico y confusión, se organizó la extinción del incendio.

Se observó que había diversos focos, prueba evidente de malevolencia; y ya en diversos puntos comenzaba el estrago.

Se acudió a poner en juego las bombas de extinción; pero ¡oh decepción angustiosa! no

venía agua... Se abrieron todas las bocas de riego; en vano: de ninguna brotaba agua. Vióse claramente que el agua había sido intencionadamente suprimida.

Antes de adquirir tan aterradora certidumbre se perdió mucho tiempo, y cuando se renunció a la esperanza de contener el siniestro, el incendio progresaba chisporroteando de una habitación y de un piso a otro hasta completo dominio del edificio. Las ventanas y los techos caían con estrépito, dejando entrever, a través de torrentes de humo, un abismo de fuego semejante al cráter de un volcán.

Quando se pensó en salvar los caballos, se les halló espantados e intratables: se encabritaban y coceaban de modo que era casi imposible acercárseles. Por último, a fuerza de tiempo y enormes dificultades, se les pudo soltar; pero fué imposible engancharlos a los cañones, por cuyo motivo la artillería y las municiones quedaron en el patio, con peligro de explosión.

Aquella catástrofe dislocó todas las combinaciones dispuestas para el ataque. Los soldados, desbandados, apenas vestidos y sin armas, corrían a la ventura. Sin saber si alguno había perecido en el incendio, con mucha dificultad pudieron los jefes reunir la mitad de sus efectivos. La otra mitad se había eclipsado....

Mientras ardía el cuartel del Chateau-d'Eau, se desarrollaban otros acontecimientos que habían de dar más rudo golpe a la causa del capitalismo.

Los grupos sindicales y las cohortes antimilitaristas, cuya acción era concordante y coincidente, concibieron el propósito, mientras el gobierno intentaba su zafarrancho de combate, de intentar contra-operaciones sobre los puntos que necesariamente había de desguardar. Inspirados por el deseo de armarse bien, aquellos grupos habían ejercido una asidua vigilancia cerca de los depósitos de armas del Estado, resueltos a apoderarse de ellos a la menor ocasión propicia. Esta se les presentó inmejorable aquella noche.

Los grandes surtidos de armas y municiones acumulados en Vincennes y en otros puntos, quedaron casi abandonados. En cuanto los grupos antimilitaristas lo supieron avisaron rápidamente a las corporaciones obreras, y, por pequeñas bandas que no podían fijar la atención, los huelguistas se dirigieron a los puntos indicados.

Los pocos soldados dejados a la custodia de los depósitos no tardaron en quedar reducidos a la impotencia; hecho esto, se procedió a desocupar rápidamente los almacenes, y cuando las autoridades tuvieron noticia del suceso,

miles de hombres estaban municionados y provistos de armas iguales a las del ejército.

Claro es que sólo por el hecho de hallarse bien armados no eran invencibles los huelguistas; pero esa ventaja les dió tal atrevimiento y tanta seguridad y confianza en sí mismos, que no temían nada y aumentó su audacia y su iniciativa revolucionaria en grado sumo. Además de tener fusiles en sus manos, tenían convicciones en su mente y entusiasmo en su corazón; tenían la voluntad y la energía que triunfan de los obstáculos insuperables..., en tanto que las tropas que se les oponían, aunque superiores por la instrucción militar, resultaban notablemente inferiores, porque obraban a la fuerza, sin entusiasmo y sin confianza.

Desde el amanecer, la fiebre de las jornadas del gran drama lanzó todo París a las calles.

El ejército ocupaba sus posiciones, triste y desalentado, falto de aquel empuje que se atribuye a los soldados franceses en los momentos críticos, cuando de repente, como reguero de pólvora, circuló la noticia de los sucesos de la noche: los soldados se informaban del incendio del cuartel del Chateau-d'Eau, del saqueo de los depósitos de armas, y que los huelguistas estaban ya tan bien armados como los regimientos al servicio del orden.

Ante tales relatos, recargados por apasionados comentarios, se disipó la escasa disciplina y se desvaneció la obediencia de las tropas. Y mientras permanecían en sus puestos, esperando, desconcertados, una multitud, más curiosa que tímida, en que dominaban mujeres y niños, inundaba las calles, aumentando siempre, estrechando a los soldados, mezclándose con ellos, a pesar de la oposición de los oficiales, que, impacientes, nerviosos, no se atrevían a ordenar brutalidades contra aquella multitud de inofensivo aspecto.

Entre tanto, los huelguistas armados de Vincennes llegaban a París en largas y nutridas columnas, entusiastas, reflejando en sus miradas la fuerza y la confianza. ¡Estaban armados! Marcaban el paso con canciones revolucionarias y no temían el encuentro con las tropas.

Como no todas las armas y municiones habían sido distribuidas en el primer momento, se habían llenado camiones con ellas, que conducían y escoltaban.

Al partir de Vincennes, los revolucionarios tuvieron la precaución de adoptar medidas de prudencia: para evitar toda emboscada o un ataque imprevisto, circularon a la descubierta ciclistas por delante y por los costados; otros huelguistas, conocedores del manejo de

las armas, formaban una vanguardia, y algunos más osados e intrépidos se habían improvisado jefes de fila.

En aquellos momentos, por la amplia avenida, formando un frente extenso, la columna marchaba aproximándose a la plaza de la Nación.

¡Momentos trágicos y decisivos!

Un regimiento de línea, enviado al encuentro de los insurgentes, les esperaba delante de la obra monumental de Dalou. Aquel monumento — ¡oh ironía de las cosas! — denominado «Triunfo de la República», iba a ser testigo del desmoronamiento de la república burguesa... ¡Qué alegría hubiera sentido el gran artista si cuando modelaba sus leones hubiera podido evocar el espectáculo que a sus pies iba a desarrollarse: la revancha de 1871!

Los oficiales hubieran querido evitar el contacto del pueblo y comenzar el fuego a distancia, pero lo impidió la afluencia de la multitud, que, cada vez más densa y compacta, rodeaba a sus hombres, impedía sus movimientos y, en lugar de dispersarse a las voces de mando, se ceñía más y más a los soldados.

Por momentos, aquella multitud en que dominaban las mujeres y los niños, de pasiva se convirtió en audaz, elevando excitaciones imperiosas o sensibles, formadas con gritos de

dolor, exclamaciones piadosas, sollozos, caricias, ardientes plegarias, pidiendo a los soldados que no mataran a los compañeros, los hermanos, los hijos, los maridos...

Faltaban pocos pasos para que los huelguistas, cantando la *Internacional* y rugiendo la estrofa de los soldados y los generales, se unieran a aquella multitud confundida con los soldados.

En aquel momento se oyó esta voz de mando: ¡Armen bayoneta!

Para facilitar la ejecución de la orden y para separar la tropa de la multitud, se mandó retroceder algunos pasos; pero aquéllas órdenes, que en otra ocasión se hubieran obedecido de una manera automática, apenas produjeron algunos movimientos de indecisión y de resistencia.

Clamores de desesperación y de rabia cubrieron las voces de los jefes militares anulando su influencia. Lanzáronse imprecaciones y maldiciones, y, en un supremo y decisivo arranque, la multitud echó mano a los fusiles de los soldados gritando: ¡Arriba las culatas!

Los oficiales superiores intentaron contener la defección inminente. Iracundos, espumosos de rabia, lanzaron sus caballos al frente de las tropas, amenazando a los soldados facciosos

con el consejo de guerra, y a la multitud con una carga a la bayoneta...

Aquellos furibundos accesos, que recordaban la cólera del general Lecomte, en 18 de marzo, en Montmartre, precipitaron la rebelión militar: los soldados respondieron por la resolución extrema; tendieron los brazos al pueblo. Y en lugar de una escena de horror, de sangre y de muerte, se produjo una explosión de suprema alegría, confundiéndose huelguistas, mujeres, niños y soldados en abrazos de afectuosísima fraternidad.

El regimiento se dislocó. Mientras soldados y huelguistas se abrazaban, los oficiales, recordando la escena de la calle des Rosiers, huyeron...

Desde la plaza de la Nación, después de una corta estancia, soldados y huelguistas, confundidos y enlazados por los brazos, se dividieron en varias columnas, marchando, una por el arrabal Antonio, otra por el boulevard Voltaire, otra por la avenida Felipe-Augusto, con irresistible fuerza impulsiva. Por donde quiera que pasaban eran recibidos por gritos de entusiasmo y frenéticas aclamaciones, llevándose por delante todos los destacamentos, piquetes y patrullas de soldados que hallaban a su paso

La noticia de esta primera defección se propagó con rapidez eléctrica. En todos los sitios donde el gobierno había pensado emprender la acción represiva, los soldados, ya desmoralizados, influídos por las noticias pesimistas que circulaban, se negaban a combatir y se pasaban al pueblo.

En algunos puntos hubo veleidades de resistencia por las tropas de los cuerpos de preferencia, principalmente por la caballería; pero cuando se vió que los caballos avanzaban con dificultad, porque las vías estaban obstruídas por numerosos obstáculos, principalmente fragmentos de vidrio, y se sufrieron algunas descargas de tiro rápido, de que estaban armados los huelga-generalistas, se desvaneció el ardor bélico de aquellos defensores del orden burgués. Lo mismo hubieron de hacer otras tropas fieles, que, cogidas entre dos fuegos y acribilladas desde las ventanas, hubieron de someterse.

Los insurrectos no se durmieron sobre sus laureles: dando muestra de sentido práctico, adoptaron las medidas necesarias y tuvieron las iniciativas útiles para dar al éxito la debida extensión.

Formáronse bandas en diversos barrios, que fueron a asaltar los cuarteles y ocuparon

todos los centros de la acción represiva y los centros gubernamentales, con objeto de hacer imposible toda tentativa de coordinación reaccionaria.

Por urgente que fuera esta tarea, había de ejecutarse una de importancia superior: era preciso, urgentísimo, herir en el corazón al Poder. A la realización de tal objeto se dedicaron las grandes columnas, compuestas de huelguistas y soldados rebeldes, que desde la plaza de la Nación se dirigieron al centro de París.

Una de ellas, que descendió por el arrabal Antonio y la calle de Rívoli, ocupó sucesivamente el Hotel de Ville, la prefectura de policía y el palacio de Justicia; después, partiendo de la orilla izquierda, fué a dar el asalto a los diversos ministerios.

La otra columna, la que siguió el boulevard Voltaire y los grandes bulevares, cayó primeramente como un bólido en el ministerio del interior, y a continuación en el Elíseo, en la plaza de Vendome...

El punto de unión de aquellas columnas era el Palacio Borbón.

La marcha de aquellas masas, que descendían torrenciales, fué tan súbita, tan brusca, que no pudo oponérsele ninguna resistencia. En su camino aumentaba, formando aválancha, llevando por delante pueblo y soldados

y rompiendo como leve obstáculo cuanto se le oponía.

Aquella ola humana era irresistible. Pasaba como elemento libremente desbordado; era una tempestad oceánica...

Bajo sus olas iba a sumergirse el gobierno y el régimen parlamentario.

CAPÍTULO X

Caída del Parlamentarismo

Los acontecimientos de la mañana tuvieron enorme resonancia en el Palacio Borbón, adonde llegaron las noticias imperfectas, desnaturalizadas, amplificadas, y a la ansiedad siguió el estupor y la emoción. Los diputados, hasta entonces confiados en las palabras de los ministros y en los efectos del estado de sitio y de la ocupación militar de París, entrevieron el abismo adonde iba a precipitarles la tormenta.

¿Qué iba a suceder? No presentían inmediato peligro personal, porque el edificio estaba sólidamente protegido: a la entrada del puente de la Concordia, los batallones de guardias municipales impedían el acceso por la orilla derecha; por la calle de Borgoña, en la plaza, alrededor del Palacio, en el interior, en todas partes, desbordaban las tropas...

¿Cómo acabaría aquello?

En los pasillos, en el ambigú, formábanse grupos y se entablaban discusiones animadas